

LIBROS MURCIANOS

ALCALDES DE MURCIA (1820-1885)

Por JOSE CANO BENAVENTE

Decía el pintor Párraga, hace muy poco, en una entrevista, que su mayor ilusión sería sentarse en la Glorietta a ver cambiar los alcaldes... Al margen de la broma, la verdad es que los alcaldes de Murcia, en el último medio siglo, duran en el cargo lo suficiente para poder hacer cosas en beneficio de la ciudad: cuatro años, seis, diez y hasta doce o catorce alguno. Pero no sucedía así en el siglo pasado, donde el paso por el primer sillón del Consejo era, más que rápido, meteórico. Así lo cuenta Cano Benavente, colaborador de nuestro periódico, en el libro que acaba de publicarle el



Ayuntamiento murciano (1) y que es una puntual crónica de cuanto hicieron —y dejaron de hacer— los alcaldes del municipio entre los años 1820 y 1885. Cincuenta y siete hombres al frente de los destinos del Ayuntamiento en sólo sesenta y cinco años es un auténtico jubileo. Incluso alguno repitió su presencia en el cargo, lo que da un promedio de un alcalde por año. En fin, que no les daba tiempo ni a calentar el sillón.

En esto del ir y venir se lleva la palma don Salvador Marín-Baldo, que fue alcalde cinco veces nada menos, unas como corregidor y otras constitucional, entre 1846 y 1868, pero que tampoco sumó más allá de seis años y diez días, en total. Otro caso curioso fue el de don José Moñino Blanes, que sólo presidió una sesión municipal, la del 1 de enero de 1832. Hubo años, como 1864 y 1872 que conocieron cuatro alcaldes. O sea, que aquello era como un carrusel o un tío-vivo, a base de "tú te bajas y yo me subo ahora". Es fácil imaginarse cómo funcionarían los asuntos municipales con este trasiego de hombres al frente de la Alcaldía; sobre todo, si a ello se une, la escasísima independencia de actuación que tenían y los bajísimos presupuestos para acometer obras de envergadura. La Murcia de los primeros decenios del siglo, estancada y pobretona, es seguramente una consecuencia de tantos alcaldes "supersónicos" en la centuria anterior.

Cano Benavente, que ha ido publicando estas cincuenta y siete semblanzas biográficas en LA VERDAD, en sus páginas dominicales, ha hecho un trabajo muy interesante y útil, que sirve para esclarecer la historia de Murcia a lo largo de sesenta y cinco años.

A. C.

(1) "ALCALDES DE MURCIA (1820-1885)", por José Cano Benavente. Excmo. Ayuntamiento de Murcia. Imprenta Belmar. 363 páginas.

AVISO IMPORTANTE A LOS SEÑORES ASEGURADOS DE CARTAGENA DE MUDESPA MUTUALIDAD DE SEGUROS

Ante los rumores totalmente infundados de que MUDESPA, Mutualidad de Seguros, ha sido absorbida por otras Compañías o que ha cambiado de nombre, queremos salir al paso de los mismos, mostrando nuestra más enérgica repulsa hacia quien los difundió, al mismo tiempo que aclaramos para nuestros Mutualistas y amigos, que por cese de nuestro anterior Delegado D. José Bermejo Martínez ha cambiado el domicilio social en Cartagena, encontrándose las nuevas oficinas en Plaza San Francisco, n.º 7-3.º (encima Banco de Madrid), en donde seguiremos prestando nuestros servicios a Mutualistas y amigos.

LA DIRECCION GENERAL
Madrid, junio 1977

de domingo..

EL TEMA
DE LA SEMANA

DEL SECANO AL REGADIO



El ciudadano corriente y moliente está siendo sometido en estas vísperas a una bárbara —en su sentido originario de extraña— presión. Cuarenta años de secano son muchos años. Es cierto que durante el régimen de Franco se celebraban elecciones, pero ¡qué elecciones, madre mía! Todo un tratado de picaresca política. Es célebre, y no está de más recordarla, la anécdota de un periodista de cuerpo entero, hoy jubilado, Luis Peñafiel Alcázar. En unos comicios a procuradores en Cortes por la representación familiar, el bueno de Peñafiel, que trataba siempre de anticiparse a la noticia para transmitir un flash de la misma a su agencia, la estatal precisamente, hacía la guardia en el antedespacho del gobernador civil a la sazón. Los primeros resultados de la jornada se acumulaban ya en el despacho del poncio. Las manipulaciones eran infinitas y recorrían todas las escalas, desde los componentes de las mesas hasta los alcaldes con retoque —redondeo le llamaban a eso— en el Gobierno Civil final. Peñafiel, impaciente porque su agencia lo apremiaba, irrumpió en el despacho del Gran Hermano y le preguntó a bocajarro y con su peculiar ceceo: "¿Zeñor gobernador, ¿han salido loz previztoz?" El zeñor gobernador montó en cólera jupiterina, pese a que, en efecto, habían salido los designados de antemano. Los periodistas de la época sabemos bastante de la magia del voto dedocrático, y quienes leyeran nuestras informaciones de entonces advertirían entre líneas el disimulado cachondeo que nos traíamos los más rebeldes a comulgar con ruedas de molino. Recuerdo que en la reseña de un Pleno municipal deslizaba un servidor la frase, ciertamente generosa, de que los concejales habían sido elegidos más o menos democráticamente. ¡No quieran saber lo mal que les sentó! Eran, en fin, unas elecciones monolíticas aquéllas, sosas, aburridas. Sólo en los referéndums de abrumadores síes podía captarse algún detalle humano en las gentes de buena voluntad, como el de cierta abuelica: "He votado a Franco porque él me paga diez pesetas diarias de pensión"... (Me estoy refiriendo a finales de la década de los sesenta; la jubilación no se pagaba precisamente con esplendidez).

No hace falta añadir que el panorama ha cambiado como de la noche al día. Ese ciudadano —mayoría silenciosa— que fue sumiso a un aparato excluyente de cualquier otra ideología que no fuera la suya se ha visto literalmente asaltado ahora por las proscritas an-

taño y también por la que estuvo vigente tantos lustros en la vida española. Sale a la calle esa criatura no politizada y aquí, allí y acullá recibe mensajes diferentes. Se los meten por los oídos y por los ojos, no tiene posibilidad casi de escapatoria a no ser que se refugie en las antiguas cuevas de los cenobitas. Ni siquiera en casa, salvo que apague el televisor y la radio, estará alejado de la lucha electoral, y aún en el caso de desenchufar los medios audiovisuales escuchará —oír, mejor dicho, sin atención en lo que le están gritando— los himnos y las frases propagandísticas de unos y de otros. Tampoco le quedará el recurso de acudir a una tertulia de amigos de esos que únicamente han venido hablando de fútbol y toros, soberano panem et circenses en las décadas de sequía política. Todos sabemos de democracia, todos de programas, todos de preferencias, todos opinamos conforme se nos va quitando el miedo. Esta es la situación, dígame lo que se quiera. Y la verdad es que la carrera hacia las libertades no ha hecho más que empezar. ¡De cuántos cursillos acelerados de verdadera formación política estamos necesitados! Yo confieso, pese a dedicarme profesionalmente a la información electoral, que estoy sumergido todavía en un mar de confusiones. A estas alturas no he decidido mi voto, y no es porque me considere un indeciso en este sentido —tengo una opción claramente definida— sino porque no basta, a mi juicio, con respaldar con una papeleta la preferencia ideológica de cada cual, sino que asimismo es muy importante que confiemos en las personas que aspiran a ser nuestros representantes por la circunscripción a que pertenecemos. Lo contrario —votar a las personas sin estar identificados con la ideología que representan o dicen representar— es peor, indudablemente. Mientras las formaciones políticas no se hayan decantado, consolidado, estabilizado, será harto difícil la praxis democrática. Democracia no es, en efecto, votar solamente cada cuatro años. Democracia es convivencia, tolerancia, respeto a las opiniones ajenas, capacidad de encaje... Democracia es como construir un edificio día a día, paletada tras paletada de cemento. Democracia no es improvisar y lanzar unos programas, sino cumplirlos y hacerlos cumplir. Democracia no es pretender que en siete días arreglemos los asuntos pendientes. Se trata de un ejercicio cotidiano, constante y fluido. Para que no nos ocurra lo que al mareado transúnte del expresivo dibujo de Angelo.

GALIANA